

El
Corazón
de los
Malditos

ROMINA GARBER

cnx
YOUNG
DULT

Para Leo, mi gran amor

La pandemia nos reunió en la misma ciudad y una emisora de radio transmitió la boda de nuestros sueños. Y ese es solo el comienzo de nuestra apasionante historia de amor.

Querido lector:

El corazón de los malditos es una novela triste y sombría, muy distinta a las otras historias que he escrito antes, porque trata, entre otros, temas como el suicidio y otros problemas de salud mental, la muerte de un padre, el sexo y la violencia. Por eso, es importante que te asegures de que te encuentras bien de ánimo para continuar leyendo.

Estela, la protagonista, devastada por el dolor y el sufrimiento, aún puede ver cómo brillan las estrellas desde lo más profundo de su tristeza, lo que nos demuestra que la verdadera magia está en la tenacidad con la que nos aferramos a la esperanza. Si bien en las próximas páginas encontrarás la frase «No hay luz en Oscuro», verás que eso no es cierto.

Incluso si decides no leer esta historia, el mensaje que debes llevarte, aunque sea de esta nota, es este: Siempre hay luz en la oscuridad.

Que Brálaga te bendiga,
Romina Garber.

Si necesitas ayuda, comunícate, desde donde estés, con el número 024 de prevención del suicidio.

*¿No cree usted que hay cosas que no
puede comprender y que, sin embargo,
existen? ¿Que algunas personas ven
cosas que otras no pueden ver?*

—Bram Stoker, *Drácula*.

7 meses antes

Viajo junto a mis padres en el metro y, como no hemos conseguido asientos, nos tambaleamos con el movimiento del vagón. Mientras tanto, observo con detenimiento unos anillos de humo negro que se forman en el aire y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, entre los postes de metal.

En total, somos veintiséis pasajeros, entre los que hay adolescentes (como yo, que tengo diecisiete) y ancianos de más de ochenta años (como un hombre que está detrás de papá). Al igual que nosotros, dos mujeres viajan de pie, para así no estropearse sus trajes impecables con los asientos descoloridos del tren. Un grupo de turistas alemanes que huelen a tabaco y a alcohol permanecen juntos en un rincón. De repente, mi mirada se detiene en los asientos que tengo enfrente y que ocupan cuatro adolescentes, con faldas plisadas, que se sientan apretujadas. Mientras las oigo susurrar, imagino sus vidas y me pregunto si sería feliz en su lugar, con una rutina marcada, un uniforme y una habitación ordenada.

—¿Y bien? —pregunta papá.

Mirando de reojo, logro leer los títulos de los libros que una de ellas tiene en un bolso lleno de estrellas de colores: «Física», «Aritmética», «Sistemas de gobierno».

—Están en el último año de secundaria.

—¿Eso es todo? —insiste papá.

Acepto el desafío y me giro lentamente para observarlas con más detenimiento y, enseguida, noto que están todas ensimismadas en la pantalla de uno de sus móviles. Observo

que la cámara apunta a un rincón del tren, donde una pareja se besa apasionadamente.

—Están grabando a esa pareja —confirmo.

Me quedo en silencio cuando una de las chicas levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Me quedo embobada con la oscuridad de sus iris, negros como el carbón. La chica sigue mirando alrededor, como si estuviera buscando una ruta de escape. A diferencia de sus amigas, no va maquillada ni usa joyas y, curiosamente, parece más preocupada por el móvil que por la pareja a la que están grabando. Es un móvil antiguo con una cámara de una sola lente.

—Están usando el móvil de la chica de ojos negros —le susurro a papá—. Tal vez se trate de una prueba que debe superar para que las demás la acepten.

Me quedo mirando fijamente a papá y espero su veredicto. Me guiña el ojo en señal de aprobación y yo sonrío, satisfecha.

—Viene de una familia dominicana —añade— y le preocupa meterse en problemas porque su madre es empleada del colegio.

Al verme confundida, me explica su razonamiento:

—Cuando íbamos a subir, oí que hablaba en español con su madre por el móvil.

—Según las reglas del juego, está prohibido usar información que no esté en la escena —le echo la bronca a papá, de brazos cruzados, mientras la sangre me empieza a hervir de fastidio—. Y además...

—La plataforma del tren cuenta como parte de la escena —me interrumpe él.

—¡Pero es que tú no quieres enseñarme español! —digo, enfadada, alzando la voz—. Mamá y tú todavía lo usáis como un idioma secreto.

—¿No eres algo mayor para este juego? —pregunta mamá, que siempre cambia de tema cuando hablo del español, o de Argentina, el país de origen de mis padres, o cualquier cosa que esté relacionada con el pasado.

—¿Algo mayor? —continúa papá—. Liv, tu hija aún juega al escondite y su lista de reglas para este juego tiene más artículos que la Constitución.

Papá y mamá se miran con complicidad y, si bien estoy acostumbrada a sus bromas, sus indirectas no dejan de molestarme.

De repente, veo que regresan los hilos de humo negro y, cuando pestañeo, desaparecen, como si nunca hubieran estado allí. La semana pasada, cuando comencé a ver puntos negros, busqué los síntomas en Internet y llegué a la conclusión de que puede que tenga una incipiente migraña ocular. Sin embargo, como no me duran mucho tiempo, he decidido ignorarlos.

Vuelvo a examinar con la mirada a las cuatro chicas y no puedo evitar fijarme en sus uniformes ceñidos al cuerpo, sus uñas pintadas de colores brillantes y sus cortes de cabello modernos. Observo las puntas de mi pelo desaliñado, mi jersey enorme de Goodwill, los vaqueros de mamá, que me quedan algo grandes... De repente, siento un vacío que no puedo describir.

Sin embargo, de pronto, mi atención se centra en el hombre que está detrás de papá, que tose y mancha su pañuelo impoluto con un hilo de sangre. Rápidamente, lo esconde y dirige la mirada a la mujer que está junto a él (que podría ser su hija), pero ella no se da cuenta, porque está absorta mirando su móvil.

—Papá...

En ese instante, comienzo a sentir que mis neuronas se activan, como si me inyectaran una nueva recarga de energía. Papá dice que ese sentimiento es natural en mí, y que es como mi «instinto de investigadora».

—¿En qué piensas, Stela?

—Aquel hombre acaba de toser sangre.

—¿Qué otros síntomas has notado? —pregunta papá, mientras me sigue la mirada.

—¡Raúl! ¡No la incentives! —lo regaña mamá.

Yo sigo observando los movimientos del anciano y veo que su cabeza parece un globo algo desinflado, lleno de colgajos de piel, como si hubiera perdido mucho peso en poco tiempo.

—Podría ser cáncer —digo en voz alta, pues he olvidado que pueden escucharme—. O tal vez, VIH.

—¿Por qué no dejas de jugar a la detective hasta que lleguemos al hotel? —dice mamá, incómoda.

—¿Qué podría investigar allí? —le respondo, fastidiada—. ¿El papel de la pared, tal vez?

—¿Acaso crees que eres Sherlock Holmes? —sigue regañándome.

—Papá es Sherlock. Yo soy Watson.

Papá sonrío y mamá contiene la risa. De repente, la luz se apaga y vuelve a encenderse rápidamente, pero mis padres no parecen notarlo.

—¿Habéis visto eso? —pregunto.

En ese instante, la intensidad de la luz baja o, quizá sea, de nuevo, mi migraña ocular.

—Creo que mi vista...

En cuestión de segundos hay una explosión y el tren se llena de humo, y mis palabras se ahogan en cenizas. Rodeada de nubes negras, permanezco en la oscuridad.

—¡Papá! ¿Mamá? —los llamo jadeando.

Apenas puedo oír mis propias palabras y solo intento mantener los ojos cerrados para protegerlos, mientras frunzo la nariz para no respirar el olor a cenizas. El silencio de mis padres me paraliza y siento que la sangre se me espesa y el corazón me late con fuerza por no poder respirar. En un instante, el humo se disipa y respiro profundamente, hasta que se produce una explosión plateada que inunda el aire de una bruma resplandeciente, tan fuerte que debo bajar la vista. Sin embargo, cuando la bruma se disipa, veo que todo está exactamente en el mismo lugar que antes de la explosión.

Exactamente en el mismo lugar.

Todos están en la misma posición, como las piezas dentro de una bola de nieve que permanecen inmóviles entre las partículas.

Las estudiantes siguen reunidas alrededor del teléfono móvil y el hombre enfermo aún sostiene el pañuelo. Los labios de mis padres mantienen las curvas de las sonrisas.

Cojo a mamá de los dedos, pero no se mueven. Sacudo con fuerza el brazo de papá, pero aunque le clavo las uñas, no reacciona.

—¿Qué está sucediendo? —grito con la voz quebradiza—. ¡DESPERTAD DE UNA VEZ!

Una explosión metálica sacude el tren y oigo cómo veinticinco cuerpos se precipitan contra el suelo.



Regla nº 1
de Raúl

No pienses;
siente.

Capítulo 1



—¿Estela Amador? —pregunta el chofer que nos ha estado esperando en el aeropuerto y que, seguramente, me ha reconocido por las noticias, a pesar de que tenía un cartel que decía «Leticia Guerra», el nombre de mi enfermera, porque el mío iba a llamar demasiado la atención.

—¿Dónde está la doctora Brálaga? —pregunta la enfermera, bajando la voz.

El hombre, que no tiene pinta de ser el típico chofer, lleva puesta una mascarilla quirúrgica color azul y gafas de sol de aviador, con vaqueros ajustados y una chaqueta gris con capucha.

—No lo sé, solo hago mi trabajo —responde, en un muy buen inglés.

La enfermera frunce el ceño, preocupada. Su tarea era acompañarme en el vuelo hasta España así que, como su viaje de regreso es en tan solo un par de horas, decido despedirme en ese momento, para liberarla.

—¡Ven aquí, jovencita! —dice Leticia, y me da un abrazo.

Es la primera vez que alguien me abraza desde hace siete meses y permanezco inmóvil.

—¡Eres muy joven, Estelita! —me susurra al oído—. No te des por vencida tan pronto.

Antes de irse, Leticia saca un pastillero de su bolsillo para darme el medicamento por última vez. Rápidamente, me llevo las píldoras a la boca y bebo un trago de agua.

—Se han perdido veinticinco vidas —añade la mujer, más seria que nunca—, pero tú aún tienes la tuya.

Una vez que Leticia se va, escupo las pastillas.

Dos horas después, el chofer sigue conduciendo por el norte de España. De repente, la silueta del castillo Brálaga comienza a vislumbrarse en el horizonte, rodeada de una especie de neblina que me hace sentir como si estuviera en un sueño. Desde allí, el castillo parece tan solo una mancha negra. Mis últimos viajes en coche me habían llevado a interrogatorios con la NYPD, el FBI, el CDC y varias siglas más. A todos les repetía lo mismo: «Mi nombre es Estela Amador. Mis padres son Olivia y Raúl. Vivimos en Asheville, pero viajamos mucho. Vinimos a Nueva York porque les supliqué a mis padres que me trajeran aquí».

Yo misma se lo pedí.

Todo esto es mi culpa.

En ese momento, siento que me desvanezco, como si mi cuerpo perdiera fuerza y se apagara de repente. Bajo la ventanilla a la altura de los ojos y apoyo la mejilla en el cristal frío para que el viento me golpee el rostro y así pueda reanimarme... Pero no se puede resucitar un cuerpo muerto.

—¿Todo bien?

Miro al conductor en el espejo retrovisor. Casi había olvidado que él estaba allí. Por un instante, había sentido que ese era el asiento trasero del viejo Subaru de mis padres y que estaba observando el mundo desde mi punto de vista estratégico.

—¿Necesitas algo? —insiste el chofer, esta vez en español. Parece el Hombre Invisible, con la capucha, las gafas y la mascarilla, a pesar de que afuera ni siquiera hay sol—. Me detendré en una gasolinera y allí podrás tomar algo, aunque sea un poco de aire.

Asiento con la cabeza, solo para que deje de hablar, porque me molesta que use bastante el español cuando, en el aeropuerto, ha demostrado que habla muy bien inglés. Lo cierto es que yo debería haber estudiado español unas semanas antes de viajar, para llegar mejor preparada a mi

nuevo lugar de residencia. Sin embargo, si lo hubiera hecho, me hubiera sentido como si venir a España hubiera sido mi propia decisión, y no podría soportar esa idea.

La niebla comienza a disiparse y, poco a poco, empiezo a divisar los bosques en lo alto de las colinas. A lo lejos, por encima de los árboles, veo un punto negro. Mi nuevo hogar.

La ciudad es tan pequeña que tengo que aumentar mucho el tamaño de la imagen para poder leer el nombre en el mapa. Aunque aún no puedo ver la comunidad de Oscuro, sé, gracias a mi investigación en Internet, que las casitas coloridas con techos empinados están ubicadas al costado del castillo. Lo primero que me salió en el buscador fue que Oscuro significa *dark* en inglés, pero no encontré ningún sitio web ni perfiles de la ciudad en redes sociales, ni siquiera una página de Wikipedia. Sin embargo, sí encontré información sobre el castillo:

Castillo Brálaga

Ubicado en el norte de España, este castillo de estilo gótico fue construido a finales del siglo XIII por un hombre adinerado de quien solo se conoce su apellido. La propiedad, que nunca se vendió, pasó de una generación a otra dentro de la familia Brálaga.

Con el paso del tiempo, el castillo se volvió famoso por su siniestra reputación. Como el pueblo de Oscuro se ubica a la sombra del castillo, sus habitantes lo llaman «la Sombra». Además, se dice que las personas que viven allí suelen tener mala suerte, ya que se cree que el castillo está maldito.

Aunque en el pasado me encantaba resolver enigmas de este estilo, para mi enorme frustración, el único hipervínculo de la página no funcionaba. Christie, Chandler, Capote...

Papá y yo solíamos jugar a leer la misma novela policiaca y marcábamos la página en la que habíamos resuelto el caso y después, intercambiábamos las copias para ver quién lo había logrado primero. En cambio, en este momento, desearía cambiar mi misterio por un libro de «¡Elige tu propia aventura!» para que alguien más decidiera por mí.

«Tus padres han muerto. Si decides quedarte en el Centro de Salud Mental para Niños “Rainbow” en Washington y que cuando cumplas los dieciocho te echen a la calle en dos semanas, ve a la página 6. Si decides mudarte a España con una tía lejana que no sabías que tenías, ve a la página 23. Para entrar en una máquina del tiempo y cambiar lo que sucedió hace siete meses... ve a la sección de ciencia ficción».

—Ya se puede ver el castillo en lo alto. Es esa sombra lejana, a la entrada del bosque.

El chofer vuelve a sorprenderme con su presencia. Como no parece estar haciendo una pregunta y, esta vez, no me ha traducido su comentario al inglés, no hago ningún gesto de aprobación. Aunque no puedo verle los ojos en el espejo, siento su mirada durante casi todo el viaje. La enfermera Leticia me advirtió de que, como era la única superviviente de una tragedia que había sido noticia en todo el mundo (los medios la llamaban «el Metro 25», por el número de víctimas), mi presencia iba a atraer la atención de todos.

Sin embargo, eso no me preparó para soportar las miradas en el aeropuerto, los dedos que me señalaban y las cámaras que me apuntaban todo el tiempo, ni para oír a los extraños que susurraban mi nombre en el avión, como si ya me conocieran.

Con la esperanza de que el chofer deje de hablarme, me quedo mirando fijamente por la ventana, y observo que el castillo ya no parece un punto lejano, sino una mancha puntiaguda, de mayor tamaño. Igual que en la foto de Wikipedia, su rasgo más distintivo es una única torre, que parece una flecha que apunta a las estrellas.

5

Como no hay mucho tráfico, es muy probable que lleguemos al castillo antes del atardecer, aunque yo no me sienta preparada todavía. Un hogar, para mí, nunca había sido algo permanente, sino más bien, algo fugaz y transitorio. Los escenarios comunes de los recuerdos de mi infancia son el asiento trasero del coche o la inmensidad del Océano Pacífico. Como mamá era periodista *freelance* y papá investigador privado, vivíamos tras el próximo caso por resolver o la siguiente historia para contar, por lo que no permanecíamos mucho tiempo en el mismo lugar. Por eso, la carretera siempre fue lo más parecido a un hogar. Solía pensar que mamá y papá eran dos espíritus libres, demasiado especiales para una vida convencional y que no me contaban nada sobre su familia y su pasado porque se habían distanciado de sus parientes y, tal vez, estaban esperando a que yo fuera mayor para revelar los detalles. Pero, después de su muerte, me di cuenta de lo inocente que había sido al pensar así.